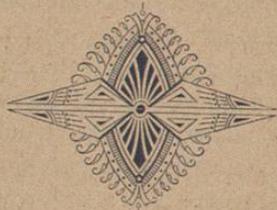


corriendo, no como quien lo hace á la ventura; peleo, no como quien tira golpes al aire sin tocar á su enemigo, sino que castigo mi cuerpo y lo esclavizo.—Corramos, pues, de tal manera que ganemos la corona de la gloria (1).

(1) I Cor. IX, 24-27.



## CAPÍTULO XXVII

### LA HUMILDAD

#### I

**U**N glorioso testimonio rendido á la verdad, un tributo pagado á la justicia y el camino del amor de Dios, es la humildad.

Esta santísima virtud de que hablamos enseña al hombre á conocerse á sí mismo; ofrece á Dios todo el honor y la gloria que le corresponden, y conduce al hombre por las sendas del amor divino, descubriéndole la bondad infinita del Señor.

La humildad nos habla en estos términos: ¿Qué tienes que no hayas recibido, y si lo has recibido por qué te glorías como si no lo hubieses recibido? (1).—¿De qué se ensoberbecen

(1) I Cor. IV, 7.

el polvo y la ceniza? Tal es el glorioso testimonio que el conocimiento de nosotros mismos rinde á la verdad: nada tenemos que no hayamos recibido del Señor. No tienen de qué gloriarse el polvo y la ceniza. Esta confesión humilde y sincera, por la cual reconocemos en Dios el origen de todos los bienes, honra al que es la causa primera; porque Él es la verdad suprema, y le es muy agradable, porque sus mismos dones, si así podemos decirlo, no desconocen su divino origen.

La humildad paga á la divina justicia el tributo que le corresponde de reconocimiento y gratitud. No reserva ni quiere reservar para sí misma cosa alguna. No á nosotros, sino solamente á Dios corresponde la gloria; somos polvo y ceniza, y no tenemos de qué gloriarnos. Ofrecemos á Dios, mediante la humildad, el holocausto más perfecto de nosotros mismos; todo es de Dios y á Dios corresponden todo honor y gloria. La humildad sólo nos reserva la confusión de nuestro rostro (1). Nuestras mismas justicias, nuestras obras buenas, hacenos verlas como sucios y asquerosos lienzos (2). Nada santo, nada digno de alabanza puede haber en nosotros que no venga de Dios; y tanta es la debilidad y la miseria de nuestro corazón, que por todas partes vamos dejando las

(1) Baruc., I, 15.

(2) Isa. LXIV, 6.

tristes huellas de nuestras imperfecciones y defectos.

Hácenos ver la humildad en nuestro corazón abismos profundísimos de miseria, de ignominia y de pecado, y sin embargo, Dios Nuestro Señor ilumina esos abismos con la hermosa luz de la esperanza: disimula nuestras culpas, nos llama á penitencia y nos demuestra que es muy sincera la voluntad que tiene de salvarnos. A la vista de una bondad tan dulce y amorosa, tenemos que exclamar: ¿es posible que Dios se incline hasta nosotros; que no nos haya abandonado á pesar de todos nuestros crímenes? Y su gracia nos mueve al arrepentimiento y deseamos amar con todo nuestro afecto á un Dios tan bueno.

Cuanto más descendemos á las profundidades de aquellos abismos de abominación y de pecado, más nos sorprende y admira la bondad amorosísima de Dios para con nosotros, y el arrepentimiento y el dolor penetran más profundamente en nuestro corazón, y sentimos nuevas inspiraciones de la gracia que nos hace caminar á grandes pasos por las sendas de Dios. Por estas sendas de paz y de consuelo, y por aquel camino de gloria, es la humildad la que dirige nuestros pasos.

Grandes son los bienes que recibimos por medio de la humildad; mas si se aleja de nosotros quedaremos expuestos á perderlo todo; porque es la humildad el fundamento de todas las virtudes, y destituido éste, ¿qué nos queda-

rá del edificio que sobre aquél se levantaba? Dos cosas son necesarias, dice Santo Tomás, para fundar bien una casa: abrir bien los cimientos, y echar fuera todo lo movedizo hasta llegar al terreno firme; después de esto se levanta la fábrica, que necesita cimientos tanto más profundos, cuanto tenga que ser más elevada (1).

Dios es el fundamento de nuestra salud, no lo somos nosotros; y así como resiste á los soberbios, así también da su gracia á los humildes. Soy rico y de nadie necesito. Esta es la voz del soberbio que no atrae, ciertamente, la gracia de Dios. Siendo el Señor altísimo, decía David, pone los ojos en las criaturas humildes y mira como lejos de sí á las altivas (2). ¿En quién pondré yo mis ojos, decía también el Señor por Isaías, sino en el pobrecito y contrito de corazón, y que oye con respetuoso temor mis palabras? (3). La humildad, pues, inclina la misericordia de Dios hacia nosotros, y la soberbia, cuanto es de su parte, cierra las puertas de la gracia; y sin ésta, ¿qué podremos hacer?

Pedid y recibiréis, nos ha dicho el Señor (4), porque todo el que pide recibe; y la humildad, dándonos á conocer nuestras grandes miserias y que por nosotros mismos somos incapaces

(1) 2-2, Q. CLXI, a. V.

(2) Ps. CXXXVII, 6.

(3) LXVI, 2.

(4) Matth. VII, 7, 8.

para remediarlas, nos inclina á recurrir á Dios: le pedimos y Él nos franquea sus tesoros. La soberbia no recurre á Dios, y por esto nos deja sin el socorro que necesitamos.

Seamos, pues, humildes y nunca olvidemos que el Hijo de Dios no vino á enseñarnos que fabricásemos el mundo, ni á que criásemos las cosas visibles é invisibles, ni á realizar obras portentosas y que diésemos vida á los muertos, sino la mansedumbre y humildad (1). Para esto tomó el Hijo de Dios la naturaleza humana y se dejó ver entre nosotros como un hombre despreciable; para esto quiso sufrir las afrentas, los desprecios y los tormentos de la pasión; de esta suerte, Dios, en la humildad de su santísima carne, enseñó al hombre á no ser soberbio. Admirable es, por lo mismo, la grandeza de la humildad cristiana, ya que por enseñarla á los hombres quiso hacerse pequeño y abatirse hasta la pasión el que es grande por su misma esencia... El rey de los humildes es nuestro Divino Redentor, y el de los soberbios lo es el demonio, conociéndose por esto que la soberbia es la señal evidentísima de los réprobos, así como la de los elegidos lo es la humildad (2).

(1) Agus., Serm. X. *De Verbis Dni.*

(2) S. Greg. *Moral.*, lib. XXXIV, cap. XVII.

II

La humildad, según el Seráfico Doctor, contiene tres grados para llegar á su perfección. Consiste el primero en conocer nuestra miseria y nada, sintiendo bajamente de nosotros mismos y teniéndonos en poco. Esta es la ciencia de los santos, y esto en lo que trabajaban sin descanso. Señor, decía San Agustín, que yo me conozca á mí mismo; y San Francisco de Asís: Señor mío, ¿quién soy yo?

Para adquirir la virtud de la humildad nos es enteramente indispensable el conocimiento de nosotros mismos, ya que de tal conocimiento resulta el aprecio ó el desprecio que nos corresponde. Ese conocimiento nos dirige también en el cumplimiento de nuestros deberes, y descubriéndonos nuestras debilidades y miserias, nos indica de qué manera podemos remediarlas.

Esta es la ciencia de los santos, hemos dicho, el propio conocimiento; este el camino que los conduce al cielo; aprendamos, pues, esa ciencia y sigamos ese camino sin dejarlo jamás. Tratemos de conocernos á nosotros mismos. Nuestro sér y todo lo que tenemos ó creemos tener, ya en bienes naturales ó en los de la gracia, todo, en fin, lo que puede relacionarse con la propia estimación, debemos examinarlo detenidamente para que la verdad aparte de nos-

otros la soberbia, para ser verdaderamente humildes á los ojos del Señor.

La parte más noble de nuestro sér es el alma; mas ¿ésta la hemos criado nosotros, ó siquiera después de haberla recibido del Señor podemos conservarla en la existencia? Además, Dios nos la ha dado por su infinita bondad, no porque nuestros méritos le hayan podido obligar. Luego por ella no tenemos de qué gloriarnos. Es inteligente; mas bien sabemos que no somos suficientes para concebir algún pensamiento como de nosotros mismos, sino que nuestra suficiencia viene de Dios (1).

Respecto del cuerpo, es un vaso de corrupción y será manjar de gusanos; quedará reducido á podre, decía el Santo Job, y tendrá que ser como una ropa roída por la polilla.—Yo he dicho á la podredumbre, añadía aquel Santo, tú eres mi padre; y á los gusanos: vosotros sois mi madre y mi hermana (2).

Si hemos realizado grandes cosas por la gloria de Dios Nuestro Señor, no debemos olvidar que, si el Señor no es el que edifica la casa, en vano se fatigan los que la edifican; que si Él no guarda la ciudad, inútilmente vela el que la guarda (3); y también, que ni el que planta es algo ni el que riega, sino Dios es el que hace crecer y fructificar; y tanto el que planta como

(1) II Cor. III, 5.

(2) XIII, 28.—XVII, 14.

(3) Pa. CXXVI, 1.

el que riega, vienen á ser una misma cosa (1).

En fin, toda nuestra vida, ¿qué viene á ser sino un ligerísimo vapor que dura un poco de tiempo y luego se desvanece? (2).

Nuestras buenas obras tendrán, sin duda, grandes deficiencias; por éstas debemos humillarnos y confundirnos, que el honor y la gloria á Dios corresponden.

No podemos desconocer que en muchas ocasiones hemos resistido á la gracia del Señor, y que la tibieza con frecuencia ha manchado nuestras obras de piedad. ¡Oh, si examinásemos con toda sinceridad y rectitud esas obras que tal vez nos han parecido muy perfectas, cuántas deficiencias hallaríamos en ellas! Y al pensar en esto no olvidemos las siguientes palabras de Job: Por ventura, oh Señor, ¿son tus ojos de carne, ó miras tú las cosas como el hombre? (3). En lugar de ensoberbecernos tenemos que humillarnos y temer delante del Señor.

Tantas debilidades y miserias, y las culpas que con tanta frecuencia cometemos, ¿no nos descubrirán lo que somos y el bajísimo concepto en que debemos tenernos á nosotros mismos? ¿Debemos tenernos en algo ó, al contrario, humillarnos y despreciarnos sinceramente? Pensemos todo esto una y otra vez en la presencia de Dios al hallarnos con Él en la oración, y estemos entendidos que por más que nos ocupe-

(1) I. Cor. III, 7, 8.

(2) Act. IV, 15.

(3) X, 4.

mos en el conocimiento de nosotros mismos, siempre tendremos que descubrir nuevos motivos de humillación y de vergüenza, porque nuestro corazón es un abismo profundísimo, cuyas tristes vanidades y miserias sólo Dios conoce con toda perfección.

De nuestro propio conocimiento y desprecio ha de nacer el santo deseo de que los demás tengan el mismo concepto que tenemos de nosotros mismos, y nos desprecien como nos despreciamos nosotros. Si en realidad pensamos bajamente de nosotros y nos despreciamos porque así lo exigen la verdad y la justicia, no tendremos gran dificultad en que los otros piensen lo mismo y tengan hacia nosotros los mismos sentimientos. Este es el segundo grado de la humildad; y si su práctica nos presenta grandes dificultades, podemos temer fundadamente que, en realidad, ni conocemos nuestra gran miseria ni nos tenemos en poco, puesto que todos deseamos que los demás piensen como pensamos nosotros y tengan nuestros mismos sentimientos y deseos.

No deseemos la estimación de los hombres, que no es otra cosa sino una triste vanidad, y procuremos cuanto esté de nuestra parte el no ser estimados, recordando que Jesucristo, nuestro divino modelo, en vista del gozo que le estaba preparado, sufrió la cruz sin hacer caso de la ignominia (1).

(1) Heb. XII, 2.

Al tener que sufrir alguna humillación ó desprecio, acordémonos de estas palabras de David: Por tu amor, oh Dios mío, he sufrido los ultrajes, y mi rostro se ve cubierto de confusión (1). Estas palabras se referían á Nuestro Señor Jesucristo, que tanto sufrió por nosotros; ¿rehusaríamos padecer la confusión y los desprecios por su amor? No nos detengamos aquí; pasemos adelante y alegrémonos al vernos humillados y cubiertos de injurias y desprecios; y así como el avaro desea sin descanso aumentar sus riquezas, y como los mundanos sólo piensan en sus vanidades y miserias y en éstas tienen sus delicias, así nosotros encaminemos todos nuestros pensamientos y deseos á las humillaciones y desprecios; y al conseguirlo sienta el corazón una paz dulcísima, una suavidad inexplicable, y esto no por ellos mismos, sino por Dios Nuestro Señor; porque es nuestra gloria, es nuestra delicia imitar á Jesucristo. Hacernos semejantes á Nuestro Señor amorosísimo, que dijo por boca de David: Yo soy un gusano y no un hombre, el oprobio de los hombres y el desecho de la plebe (2), es nuestra grandeza, nuestra corona de gloria, y en tal semejanza cifradas están nuestras delicias. Las humillaciones y los desprecios, podemos decir cada uno de nosotros, me hacen semejante á Jesucristo y muy agradable á sus divinos ojos;

(1) Ps. LXVIII, 8.

(2) Ps. XXVI, 7.

¿cómo no ir corriendo en pos de ellos? Y al alcanzarlos, ¿no diríamos con la Esposa de los Cantares: los tengo entre mis brazos, jamás los dejaré; y con el Apóstol: Es mi gloria la cruz de Jesucristo, sus humillaciones, sus afrentas y desprecios?

Estando penetrados de tales sentimientos, descubriremos en las humillaciones que el Señor nos mande una señaladísima prueba del amor que nos tiene, porque á los que Él tiene especialmente previstos, también los predestinó para que se hiciesen conformes á la imagen de su Hijo (1); y este Hijo siguió el camino de las humillaciones y los desprecios, dándonos ejemplo para que sigamos sus pisadas.

Las humillaciones, los desprecios, son pruebas inequívocas del amor de Dios, que perfeccionan y hermean su imagen celestial, la herencia de los Santos, el camino del cielo... ¡Oh Dios mío, dadnos esta prueba; realzad en nuestras almas vuestra imagen divina con nuevos encantos y bellezas; conformad más y más nuestra vida con la vuestra; concedednos parte en la herencia de los Santos, y conducidnos por el camino de la humillación y del desprecio á la vida eterna!

El tercer grado de humildad consiste en no atribuirnos á nosotros cosa alguna en las buenas obras que practiquemos, en las grandes virtudes y en los dones con que Dios tal vez nos

(1) Rom. VIII, 29.

ha enriquecido, sino que todo lo refiramos al Señor, pues de Él proceden todos los bienes, y Él es quien hace en nosotros todas nuestras obras (1). Consiste, además, en no complacernos en las alabanzas que se nos prodigaren, sino que todas las elevemos al Señor.

Hablando San Pablo de sí mismo, decía lo siguiente: Soy el mínimo de los Apóstoles y no merezco ser llamado Apóstol, porque perseguí á la Iglesia de Dios; mas por la gracia de Dios soy lo que soy, y su gracia no ha sido estéril en mí; antes bien, he trabajado más copiosamente que todos; pero no yo, sino la gracia de Dios conmigo (2). Esto decía el Apóstol de las gentes, que había sido arrebatado hasta el tercer cielo, vaso de elección que había llenado el mundo con la gloria del nombre de Jesús; ese Apóstol tiene solamente delante de sus ojos sus pecados, su inutilidad, á fin de aniquilarse en la presencia del Señor y para que brillen en toda su hermosura las maravillas de la divina gracia para gloria de aquel altísimo Señor, que se dignó colmarle de la abundancia de sus dones.

Si hemos cumplido con todo lo que el Señor se ha dignado mandarnos, todavía tenemos que decir: somos siervos inútiles; no hemos hecho sino lo que teníamos obligación de hacer (3); mas ¿quién tendrá valor para decir que ha cum-

(1) Rom. XXVI, 12.

(2) I Cor. XV, 9, 10.

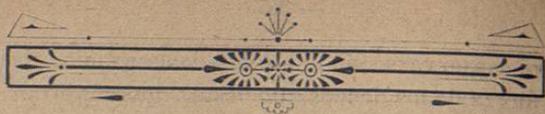
(3) Luc. XVII, 10.

plido con fidelidad todos sus deberes para con Dios Nuestro Señor? El Apóstol, después de habernos dicho que no le reprendía su conciencia por ninguna falta, añade: No por eso me tengo por justificado, pues quien me juzga es el Señor (1); y ¿qué faltas no descubrirá la rectísima justicia del Señor en nuestras obras? Las grandes virtudes, los dones excelentísimos con que Dios nos haya enriquecido, y todas nuestras obras excelsas, gloriosas, cuanto quiera suponerse, y muy agradables á los ojos del Eterno, han de producir en nuestras almas los resultados siguientes: primero, una humildad muy profunda, porque no éramos dignos de ejecutar las grandes maravillas que Dios por nuestro bien ha realizado. Segundo, debemos tener para con Dios una gratitud sin límites por el señalado beneficio de su amor divino, que nos ha dispensado al ocuparnos en las obras de que hablamos. Tercero, una fidelidad en el servicio divino, llena de fervor y diligencia, porque las gracias singulares del Señor así nos lo exigen; un temor muy profundo y una verdadera desconfianza de nosotros mismos, pues no estamos confirmados en la gracia, y el Señor nos dice: El que piensa estar en pie, tenga cuidado para no caer (2).

Reine, pues, en nosotros la humildad cristiana, fundamento de todas las virtudes y camino seguro que nos lleva al cielo.

(1) Cor. IV, 4.

(2) I Cor. X, 12.



## CAPÍTULO XXVIII

### LA PACIENCIA

#### I

**C**ONSISTE la paciencia (1) en el sufrimiento duradero de cosas arduas y difíciles por causa de honestidad y de utilidad. Se dice de cosas arduas, lo cual pertenece á la constancia en el bien; de cosas difíciles, esto corresponde á la gravedad del mal, que es el objeto propio de la paciencia, y se dice también de un sufrimiento duradero ó prolongado, lo cual pertenece á la longanimidad en cuanto conviene con la paciencia.

La paciencia cristiana pone los ojos en Jesucristo crucificado y tiene por fin la vida eterna.

La paciencia, como verdadera virtud, es causada por la caridad, y no puede obtenerse

(1) *Julius ap. Thom. 2<sup>o</sup>, q. CXXXVI, a. V.*

ni conservarse sin el auxilio de la gracia.—La fuerza de los deseos, dice San Agustín, produce la tolerancia de los trabajos y penalidades, y ninguno quiere voluntariamente soportar lo que atormenta sino por lo que deleita. La razón de esto, dice Santo Tomás, es que nuestra alma esquivá la tristeza y el dolor en sí mismos, y por esto nunca sufrirá por ellos, sino por el fin. Es, por tanto, indispensable que el bien que nos hace sufrir nos sea más querido que aquel otro cuya privación ocasiona el dolor que toleramos con paciencia; mas esta preferencia del bien de la gracia á todos los de la naturaleza cuya pérdida nos cause el dolor, pertenece á la caridad, que ama á Dios sobre todas las cosas. La paciencia en este concepto es causada por la caridad, que no se obtiene sino por la gracia, sin cuyo auxilio tampoco se obtiene la paciencia (1).

La paciencia nos es necesaria. Así nos lo dice la Santa Escritura y así lo experimentamos diariamente. Os es necesaria la paciencia, para que haciendo, la voluntad de Dios obtengamos la promesa (2).

Llevamos en nosotros mismos la razón de nuestros sufrimientos: la soberbia del espíritu y la corrupción de la carne, mientras uno y otra no estén perfectamente sujetos á Dios Nuestro Señor, tendrán que hacernos guerra,

(1) *A. III.*

(2) *Heb. X, 36.*

y como tal sujeción en su más elevado concepto no es dable conseguirla en esta vida por las imperfecciones y defectos que jamás nos abandonan, pues todos faltamos en muchas cosas (1), escrito está: Si dijéremos que no tenemos pecado, nos engañamos y no hay verdad en nosotros (2); tenemos que las luchas y contradicciones nunca nos han de faltar.—Esto es por lo que ve á cada uno de nosotros, por los sufrimientos que tienen origen en nuestro espíritu; mas hay otros que nos vienen por parte del cuerpo, sujeto á mil enfermedades y miserias y expuesto frecuentemente á padecer los más acerbos dolores.

De parte de los hombres no es posible numerar las penas y amarguras que nos ocasionan éstos; parece que continuamente estamos ocupados en hacer unos para otros las terribles cruces que tendremos que llevar de grado ó por fuerza. Y sucede á veces que al huir de la cruz que nos estaba preparada, cuando menos lo pensamos, otra más grave nos oprime. No podremos, pues, dejar de sufrir en este mundo; y si esto es así, ¿por qué no convertimos en virtud lo que es una necesidad indispensable? Esto lo alcanzamos por la paciencia cristiana.

La paciencia tiene en sí misma una belleza perfectísima, un mérito muy grande, y sus consuelos son verdaderamente celestiales. Se re-

(1) Isa. III, 2.

(2) I Ephes. I, 8.

fleja en ellas la luz purísima y hermosa de las penas de Jesús, nuestro amado y dulcísimo Señor. Nuestros padecimientos no son sino los suyos, si así podemos decirlo, que nos envuelven en sus amarguras y nos penetran de su mismo espíritu. El Apóstol llegó á decir: Me gozo de lo que padezco por vosotros y cumplo en mi carne lo que resta de los sufrimientos de Cristo por su cuerpo, que es la Iglesia (1). ¿Quién no admira la sublimidad y la grandeza de tales sufrimientos que así nos unen á los de Jesús y se encaminan al mismo objeto que los del Divino Redentor, al bien de la Iglesia?

De esta suerte, la paciencia cristiana al hacernos sufrir, eleva nuestras almas, y nuestras penas y dolores se presentan á los ojos de Dios engalanados en cierta manera con la hermosura divina con que resplandecen los de Jesucristo.

Unidos á los de Jesús, nuestros sufrimientos tienen en sí mismos un mérito muy grande. Si padecemos con paciencia, es porque amamos á Dios; porque rendimos enteramente á la suya nuestra voluntad; porque su gusto es el nuestro y no somos de nosotros mismos, sino de Aquel que padeció por nosotros; en una palabra: por medio de la paciencia ofrecemos á Dios todo lo que somos, cuanto tenemos ó podemos tener: amor y sufrimiento; el amor que nos une con Dios, y el sufrimiento que le pre-

(1) Colos. I, 24.

senta en humilde ofrenda todo nuestro sér para que disponga de nosotros según su santa voluntad.

¿De dónde nacen los grandísimos consuelos que la paciencia cristiana derrama en nuestras almas? Nacen del amor que tenemos á Jesús. Si padeciéramos por un extraño, por un desconocido, serían muy amargas nuestras penas; mas sufrimos por ese Señor amorosísimo que tanto sufrió por nosotros y á quien deseamos amar con todo nuestro afecto. Nos ha amado y ha padecido por nosotros; le amamos y queremos cuanto esté de nuestra parte corresponder al amor que nos tiene; ¿dejaríamos de abrazar el sufrimiento y no hallaríamos en él delicias verdaderamente celestiales? Ningún amante, al corresponder á las finezas de quien le ha obligado con su amor, deja de sentir inefables delicias y consuelos. Nosotros correspondemos, pagamos lo que ha hecho Jesús por nuestro bien, padeciendo por Su Majestad, y por esto hemos de ver su santísima Cruz como árbol de vida cargado de frutos de suavidad y de dulzura, y de esa Cruz nos han de venir la fortaleza y el consuelo, la paz de Dios y un gozo inefable en el Espíritu Santo.

¿Por qué los sufrimientos son para nosotros fuente de suavidad y de consuelo? Así como Dios ha tratado á su querido Hijo, dice San Alfonso, así trata también á todo el que ama y recibe por hijo. Por esto habló el Señor un día á Santa Teresa en estos términos: Sabe que las

almas más queridas de mi Padre son afligidas de mayores padecimientos. De ahí es que la Santa, al verse agobiada de sufrimiento, decía que no había de trocar sus trabajos por todos los tesoros del mundo... San Vicente de Paúl afirmaba que el no padecer ha de juzgarse gran desgracia. San Francisco de Asís, cuando pasaba un día sin llevar alguna cruz por Dios, temía que Su Majestad le hubiera olvidado (1). Por esto Santa María Magdalena de Pazzis decía que era tan noble el ejercicio de la paciencia, que el Verbo de Dios gozando en el seno del Padre de delicias y bienes infinitos, descendió á la tierra para ataviarse con el ropaje del sufrimiento y de la paciencia, que no hallaba en el cielo, y añadía: el Verbo era Dios y no podía engañarse.

La paciencia cristiana nos lleva por el camino de la humildad; nos desprende del amor á los bienes de la tierra, que son tan miserables, y nos hace suspirar por el cielo. Hace también la paciencia que recurramos á Dios en nuestras aflicciones y pone en ellas nuestra confianza. Nos enseña á padecer por Jesucristo y nos inspira los deseos más vivos de conformarnos con Su Majestad.

En este valle de lágrimas no puede tenerse la verdadera paz del corazón sino tolerando y abrazando con amor los padecimientos por agradecer á Dios, y cuando le contemplamos cru-

(1) *Práctica del amor á J. C.*, cap. V.

cificado, decía una Santa, la Cruz se vuelve tan amable, que me parece no podré ser feliz sin padecer: el amor de Jesucristo me basta para todo (1).

Para llegar á la unión con Dios, decía Santa Catalina de Génova, son necesarias las adversidades, porque Dios con ellas se propone destruir nuestras malas inclinaciones interiores y exteriores. Así pues, todas las injurias, los desprecios, las enfermedades, el abandono de los parientes y de los amigos, las confusiones, las tentaciones y otras cosas contrarias, nos son de grande necesidad para que luchemos sin descanso hasta que por premio de la victoria se extingan en nosotros todos los malos movimientos, de tal manera, que ya no los sintamos; y hasta tener, no por amargas, sino por suaves en Dios, todas las adversidades, no lograremos llegar á la divina unión.

Amemos, por tanto, la paciencia muy de corazón; pidámosla á Dios Nuestro Señor y ejercitémonos en ella cuanto sea posible en todas nuestras obras.

## II

El reino de la paciencia cristiana es dilatadísimo; sus fronteras, aquí sobre la tierra, son las de la vida; nunca nos faltará el sufrimiento si

(1) San Alfonso, cit.

á toda hora nos hallamos dispuestos á seguir el camino del Señor, y muchísimas veces podremos apropiarnos estas palabras del Apóstol: Sufrimos toda suerte de tribulaciones; combates por defuera y temores por dentro (1). De esta suerte á cada momento la paciencia nos ofrece el ejercicio de todas las virtudes y nos encamina á la más elevada perfección. Hermanos míos, decía Santiago, tened sumo gozo cuando caigais en varias tribulaciones, sabiendo que la prueba de nuestra fe produce la paciencia y ésta perfecciona la obra, para que así seais perfectos y cabales sin faltar en cosa alguna... ved que tenemos por dichosos á los que sufrieron. Habéis oído la paciencia de Job y y visteis el fin del Señor, porque el Señor es misericordioso y compasivo (2).

Es necesario sufrir con paciencia; sufrir todas las tribulaciones de esta vida, dice San Alfonso, las enfermedades, los dolores, la pobreza, la pérdida de la hacienda, la muerte de los parientes, las ignominias, las persecuciones y todas las afrentas. No olvidemos que agradan más á Dios las mortificaciones involuntarias que Él nos manda que las que hacemos por nuestra propia voluntad (3), y los trabajos son señales del amor que Dios nos tiene y de que quiere salvarnos en la otra vida.

(1) II Cor. VII, 5.

(2) I, 2-4, V, 11.

(3) *Prác. Resumen de las virtudes.*

¿De qué manera debemos ejercitarnos en la paciencia cristiana? Nuestro sufrimiento no ha de ser el resultado de una necesidad imprescindible; su principio debe ser el amor de Dios Nuestro Señor, la entera sumisión de nuestra voluntad á la suya. Si sufrimos con paciencia es porque deseamos agradar á Nuestro Señor dulcísimo y darle toda la gloria que nos sea posible; que Él venza, que Él triunfe y reine en nuestras almas. Síguese de esto que debemos aceptar todas las penas que el Señor nos mande con un rendimiento absoluto, sin que haya nada en nosotros que llegue á oponerse al divino querer, y uniendo enteramente nuestra voluntad á la de Dios.

Suframos, no sólo con resignación, si que también con un inmenso gozo. Dios lo quiere; ¡oh palabra de inmensa dulzura! ¿Por qué no complacerle cuanto esté de nuestra parte aceptando con gusto las adversidades y las penas que se digne mandarnos?—Dios lo quiere, y nosotros que le amamos ¿no hallaremos el mayor consuelo, las más puras y santas delicias en cumplir su santa voluntad? Pues quien ama tiene cifrada toda su felicidad en complacer á su amado. ¿Qué no daríamos por obtener una sonrisa de amor de los labios de Jesús y una mirada de ternura de sus divinos ojos?

Pues todo esto lo conseguimos recibiendo alegres y gozosos los padecimientos que nos mande.—Vemos por esto que la paciencia es un tesoro de infinito precio; con ella compra-

mos, si así puede decirse, el amor de Jesucristo.

Aceptemos los padecimientos con acción de gracias á Dios Nuestro Señor, porque son un beneficio, en verdad muy señalado, de una gran misericordia para con nosotros. Cuando el Señor nos aflige nos recuerda estas palabras: Al que amo castigo, y á cualquiera que recibo por hijo le agosto y le pruebo con adversidades (1). A estas palabras llamaba San Pablo de consuelo, y en verdad lo son, pues de ellas tenemos la prueba del amor y la adopción de hijos, misericordias de una grandeza que nos es incomprendible. Estamos, por lo mismo, enteramente obligados á reconocerlas y á ofrecer á Dios Nuestro Señor la gratitud que le debemos. ¡Con cuánta dulzura, con qué amor tan ardiente debemos prorrumpir en bendiciones y alabanzas á nuestro Dios querido por los sufrimientos que nos mande! Bendito sea Él, que así nos ama; bendito sea, que, aunque indignos, nos recibe por sus hijos.—De esta manera las cosas más amargas de la vida se vuelven dulces, y el peso de la tribulación suave y ligero; en todo eso muéstrase la benignidad de Dios hacia nosotros, sus cuidados de Padre amorosísimo y la incansable providencia con que nos gobierna.

Debemos aceptar todos los trabajos y penalidades que el Señor se digne mandarnos, con una humildad muy profunda y con una manse-

(1) Heb. XII, 6.

dumbre que se revele en todo nuestro sér. # Los hermanos de José, recordando las faltas que con él habían tenido, decían al verse castigados: Padecemos justamente por haber pecado en contra de nuestro hermano; y un profeta decía también: Sufriré el castigo del Señor por haber pecado contra Él (1). Que la paciencia cristiana traiga á la memoria todas nuestras faltas; al contemplarlas, ¿tendremos valor para quejarnos de los castigos que sufrimos por ellas? Por lo contrario, esos castigos tendrán que revelarnos que son muy inferiores á los que hemos merecido; y nos dirán que es muy grande la misericordia con que se nos trata, no reservando para la otra vida lo que aquí podemos pagarle con un ligero trabajo.

En el tiempo de la prueba, cuando descarguen los castigos de Dios sobre nosotros, no permitamos que nos arrebaten los ímpetus de la ira, ni dejemos que penetre en el alma la tristeza; mas antes bien, la santa mansedumbre bañe de alegría nuestro semblante y ponga en nuestros labios palabras de benignidad y de dulzura que revelen desde luego la paz del corazón y el gozo espiritual que llenan nuestras almas.

Finalmente, en todas las penas y congojas, en las adversidades y las persecuciones, y en cualesquiera otros males que tengamos que sufrir, pongamos en Dios nuestra confianza, di-

(1) Gén. XLII, 21.—Mich. VII, 9.

ciendo con el Rey Profeta: ¿Dejará de estar mi alma sometida á Dios, dependiendo de Él mi salvación? Él es mi Dios y mi Salvador; siendo Él mi defensa nunca seré conmovido... Mis enemigos quisieron despojarme de lo que más aprecié... Tú, empero, ¡oh alma mía!, estás sujeta á Dios, pues de Él viene mi paciencia. Es mi Dios y mi Salvador, y estando en Él mi ayuda no vacilaré... Tú eres ¡oh Señor! mi paciencia; Tú mi esperanza desde mi juventud (1).

(1) Ps. LXI, 2-7.—LXX, 5.

